

ÍNDICE

<i>El vampiro como migrante</i>	7
ÁLVARO ALEMÁN Y JORGE GARCÍA	
<i>El vampiro negro: una leyenda de Santo Domingo</i>	47
URIAH DERICK D'ARCY	
<i>Gaspar Blondín</i>	79
JUAN MONTALVO	
<i>La tumba del Vampiro</i>	85
RAIMUNDA TORRES Y QUIROGA	
<i>Las nupcias de la muerte</i>	89
RAIMUNDA TORRES Y QUIROGA	
<i>Blanco y rojo</i>	95
BERNARDO COUTO CASTILLO	
<i>Tristán Cataletto</i>	103
JULIO CALCAÑO Y PANIZ	
<i>Rachilde</i>	115
RUBÉN DARÍO	
<i>La sangre del vampiro</i>	127
FLORENCE MARRYAT	
<i>Thanatopia</i>	143
RUBÉN DARÍO	
<i>La Esteradora</i>	149
AFONSO ARINOS	
<i>La vampira</i>	159
LEOPOLDO LUGONES	

<i>Las vampiras</i>	165
CLEMENTE PALMA	
<i>El Vampiro</i>	181
RUBÉN VALENTI	
<i>Luella Miller</i>	183
MARY WILKINS FREEMAN	
<i>El almohadón de plumas</i>	201
HORACIO QUIROGA	
<i>Otro caso de vampirismo</i>	207
ALFONSO HERNÁNDEZ CATÁ	
<i>El vampiro</i>	211
FROYLÁN TURCIOS	
<i>El vampiro</i>	221
DELMIRA AGUSTINI	
<i>El vampiro</i>	227
ALEJANDRO CUEVAS	
<i>Noches blancas</i>	239
GASTÃO CRULS	
<i>El escorpión y la vampiresa</i>	255
GONZALO ESCUDERO	
<i>La vieja arpía</i>	269
HERBERT G. DE LISSER	
<i>El monstruo de Quito</i>	285
MARÍA HELENA BARRERA-AGARWAL	
<i>Sobre los autores</i>	303

Introducción

EL VAMPIRO COMO MIGRANTE

Álvaro Alemán y Jorge García

La historia contemporánea del vampiro ha sido, la mayor parte de las veces, la historia de su popularidad o visibilidad mediática. Su condición de artefacto cultural cíclico y de masas, sobre todo en el siglo XX, lo sitúa como una suerte de pararrayos con la capacidad de canalizar corrientes culturales de una diversidad extraordinaria y, al mismo tiempo, de detonarlas en el caótico inconsciente político de distintos escenarios históricos. De igual manera, la fascinación con el vampiro ha logrado estimular al ámbito académico, incendiando las divisiones tradicionales del conocimiento a favor de acercamientos abiertamente interdisciplinarios que reúnen a especialistas, desde la biología y la botánica, hasta la economía, las ciencias políticas y los estudios de la cultura, además de los estudios literarios y la filosofía. De hecho, la vampirología y los estudios de vampiros se han posicionado hoy con firmeza como zonas de conocimiento autónomas, aunque parasitarias de la popularidad global de la figura del vampiro.¹

La presente aproximación a este fenómeno recoge y reconoce el legado significativo realizado en el ámbito académico de los estudios de vampiros y aspira a contribuir a ese espacio mediante un acercamiento al fenómeno de la cultura literaria del vampiro en América Latina.²

Éxodo I: sentido

Partimos de una consideración del vampiro como encarnación de lo nómada. Pese a sus claros orígenes en la tradición folclórica de Europa central y oriental, el vocablo «vampiro» migra como resultado de los movimientos de los pueblos eslavos originarios, hasta convertirse en un préstamo lingüístico aceptado primero en las lenguas eslavas modernas y, posteriormente en las lenguas de Europa occidental. Así, a partir de la etimología protoeslavo *opyr*, la palabra se fue transformando en los distintos idiomas eslavos, con iteraciones en polaco, *upior*, ucraniano *wypior*, checo y eslovaco *upir*, entre otros (Cooper, 2005), hasta llegar a las grafías rusa y bielorrusa *vampyr*, y de ahí al serbo-croata *vampir*. Al respecto, el mismo Cooper señala que los nombres de criaturas fantásticas se extienden geográficamente por lo general de manera consistente. De hecho, la presencia escrita más temprana del vocablo se registra en Rusia en el siglo XI, desde donde pudo haber iniciado el viaje. Vukanovic, en su obra *Vampiro* (citada en Perkowski, 1976), señala que las migraciones de las poblaciones de los Balcanes, en particular de los gitanos, contribuyeron a la difusión del término. Una etimología alternativa ha sido propuesta por Cooper (2005), al sugerir que la palabra pudo haber sido derivada de los descendientes de los colonizadores romanos de la región de Dacia en tiempos de Trajano, quienes son antepasados de los rumanos.³

Posteriormente, el desplazamiento del término vampiro de los países eslavos a los de Europa occidental se puede explicar con la irrupción de las tropas islámicas del Imperio otomano en Europa durante la conquista de Constantinopla en el siglo XV. El resultado de esta victoria fue la pugna constante entre el Imperio español, primero, y el Imperio austrohúngaro después, contra las fuerzas otomanas. Así, en este persistente conflicto los otomanos asediaron Viena en dos ocasiones, 1529 y 1683, hasta que en 1718 termina efectivamente la expansión otomana en Europa. Es en esa

zona de contacto, en la frontera entre los Balcanes ocupados por fuerzas islámicas y los destacamentos militares de Austria-Hungría donde inicia la migración del término vampiro hacia Occidente.

La palabra «vampiro» cruza, como se puede ver, fronteras geográficas, lingüísticas y culturales. La apropiación del vocablo en Europa occidental parece darse como un ejemplo emblemático del comercio ideológico que Edward Said (1991) designó como *orientalismo*. Said hace explícita la construcción cultural de una supuesta e imprecisa región llamada «Oriente», a partir de representaciones artísticas e investigaciones académicas por parte de sujetos europeos. Esta construcción contribuyó a consolidar una imagen del sujeto oriental como primitivo, irracional y violento y, por lo tanto, a justificar el régimen imperial occidental. Bajo este esquema, el trabajo intelectual de viajeros franceses, alemanes y británicos hacia el Levante se convierte en un ejercicio de autoafirmación de una «identidad europea» lúcida, racional y moderna. En este sentido, un ejemplo notable de orientalismo es la llamada «gran epidemia de vampiros» del siglo XVIII, cuando se comenzaron a reportar numerosas apariciones de vampiros a lo largo de Europa del este.

Así, en las décadas de 1720 y 1730, algunos diarios europeos comenzaron a publicar historias habitantes de pequeñas aldeas cercanas a Belgrado, entre otras. Los hechos, reportados por testigos oficiales austríacos quienes, de hecho, articulan la mirada orientalista originaria, narran la exhumación de cadáveres señalados por los pueblerinos como «vampiros» y responsables de una serie de muertes de parientes y vecinos de las aldeas. Sin embargo, lo que más aterraba a los aldeanos no era que los cadáveres exhumados aparentaran estar saludables o que expelieran sangre por la boca, sino, como queda dicho arriba, el convencimiento que tenían de que a cada vampiro desenterrado le correspondía la responsabilidad de la muerte de varios de los vecinos. Con la idea de evitar la propagación de estos seres, idearon el método

de desmembrar y quemar a los cadáveres desenterrados, evitando de esa forma la posibilidad de que volvieran a la vida.

Esta «gran epidemia de vampiros» se difundió por Europa en 1725 en publicaciones alemanas, donde también se publicitó en hojas volantes. En 1732 aparecieron artículos sobre el tema al menos en dos ocasiones en diarios franceses y británicos. Ese mismo año, solo en los países germanófonos aparecieron 12 libros y cuatro disertaciones sobre el tema. Las citas y sumarios del fenómeno aparecieron en enciclopedias de la época y en otras obras populares, aunque el documento más influyente, como veremos más adelante, es *Dissertations sur les apparitions des anges, des démons et des esprits et sur les revenants et vampires de Hongrie, de Bohémie, de Moravie et de Silésie* (1746) del benedictino Augustin Calmet. La obra, que incluye un sumario completo de todos «los casos confirmados» del fenómeno, tuvo dos ediciones adicionales en 1751, y en 1752 se tradujo a la mayor parte de lenguas europeas y se convirtió en un éxito de ventas,⁴ lo cual explicaría la futura repercusión que este libro tendría para la confirmación del imaginario literario sobre el vampiro.

El interés en las historias de vampiros provenientes de Europa del este fue comentado con avidez por las Academias de Viena y Berlín y también generaron debate en la Sorbona y en los concilios del Vaticano. Según Milan V. Dimic (1984), la epidemia de vampiros se convirtió en un asunto de estado, y ante nuevos rumores de futuras epidemias, varios reyes y emperadores de las coronas europeas solicitaron informes a sus funcionarios. Escribe Dimic, «solo el rey Jorge II no dudaba, ya que creía en la existencia de vampiros» (5).

La palabra «vampiro» así, se registra por primera vez en alemán en 1721, en inglés en 1734, en francés en 1737, en español en 1753.⁵ El libro de Calmet experimenta una circulación notable, y registra, en las conclusiones que emite en la edición de 1753, criterios abiertamente orientalistas. Como señala Irene Gómez Castellano (2007) sobre la recepción de ese libro en España: